

Nueva genialidad de El Espejo Negro

La comparaciones, además, son innecesarias. Porque los talentos se atraen como las masas newtonianas. En este caso los insuperables Rafael Azcona y Luis García Berlanga han encontrado en el maestro de titiriteros Ángel Calvente una segunda vida para su Verdugo. Estará este fin de semana en el Teatro Alhambra. El guion es el mismo de la película, pero el género es la sorpresa, tan grata como deslumbrante.

Utilizando los más modernos medios, El Espejo Negro nos invita a una mirada hacia atrás sin ira. No-Do incluido. Aquella España de patronatos para tener un piso, recomendaciones para obtener trabajo y radio para los domingos por la tarde, se sacude el almidón de la historia y vuelve a vivir con un ritmo teatral impecable. La oscuridad de la dictadura se recrea en la grisura de la escena. Y no es el único detalle simbólico. Ahí queda el globo rojo que abre y cierra la fábula, la acertada inclusión de canciones, de las que se es-

cuchaban en la mencionada radio, anterior al transistor, y el trasiego de seres humanos que muestran sus miedos al son de un bolero o un ye-yé.

Tapada con cortinas transparentes, la escena burbujea con escaleras venidas del cine expresionista, un bebé desternillante y copas de cava para el convencimiento. La presencia de los dibujos animados es otro detalle de buen gusto, del que acertadamente no se abusa, y que acrece la genial variedad de ideas

derramadas sobre el escenario. Los actores conviven sin rifirrafes con los muñecos, unas veces dándoles esa vida que tanto nos convence y otras respunteando escenas con sus frases sueltas, su disfraz de azafatos o su metáfora orejera. Claros en la voz, diestros con las manos, donosos en los pasos de baile y brownianos en sus salidas y mutis. No así los muñecos que entran y salen volantines para posarse sobre los paralelepípedos escalonados. Pero es mota que nada empequeñece un espectáculo grande y redondo.

Al final, como casi siempre ocurre con El Espejo Negro, salimos amando a esos seres de cartón y de fieltro, por ser casi más humanos que muchos conocidos. Su coito al son de Carmen, sus ojos grandotes de vidrio, sus nupias que son una enormidad. Como el propio Verdugo: un espectáculo de narices.